

SACANDO CUENTAS

GRÍNOR ROJO*

ME HAN PROPUESTO tres tiempos para cubrir mi experiencia relativa a los discursos en torno a la literatura en Chile: antes del golpe de Estado de 1973, en el golpe mismo y después. Pues bien, he aquí lo que tengo que decir.

Acerca del primero de estos tres tiempos, necesito subdividirlo en dos. El primero, entre 1960 y 1965, transcurre en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Yo ingresé al Pedagógico en 1959, me nombraron ayudante de Literatura General Comparada en el 60 (luego, profesor auxiliar, en el 64) y me fui en el 65 a Estados Unidos, a hacer mi doctorado en la Universidad de Iowa. Respecto del tramo 60-65, puedo contarles que fui testigo de y participante en los inicios de una importante transformación de los estudios literarios chilenos. Un grupo de profesores jóvenes, entonces en sus treinta y algo de años, entre los cuales los más destacados eran Cedomil Goic, por su erudición, y Félix Martínez Bonati, por su capacidad filosófica, estaban introduciendo una nueva manera de enfrentarse con la literatura. A la aproximación impresionista (o deudora de la estilística española en algunos casos), representada en la Universidad de Chile por Ricardo Latcham, Juan Uribe Echevarría, Eleazar Huerta, Antonio Doddis y Roque Esteban Scarpa, que eran sus cultores más connotados, los profesores jóvenes oponían una aproximación “científica”, influida en su caso mayormente por el estructuralismo alemán, el derivado de la fenomenología husserliana, pasando luego por Roman Ingarden y hasta llegar a Joseph Kö nig, este el maestro de Martínez Bonati. A eso se sumaba el “mé-

* Doctor en Filosofía. Académico de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Miembro del CECLA.

todo de las generaciones”, asumido en su versión orteguiana, para resolver con él los problemas historiográficos. Consecuencias inevitables de este nuevo *approach* fueron la sacralización en aquel Departamento de Literatura del autonomismo y el autosuficientismo y del método estructuralista como el único que respondía a una definición correcta del objeto. Objeto autónomo y autosuficiente y análisis estructural. Que con posterioridad al 65, y más aún entre 1970 y 1973, este panorama haya empezado a cambiar en la Chile, es algo que no entra en el campo que cubre este relato y de lo que no puedo, por lo tanto, dar cuenta.

En 1965, yo partí a la Universidad de Iowa y allí el ambiente teórico era más bien ecléctico. Existían aún los tributarios de la filología española y la estilística, pero el profesor de mayor estatura, Edmund de Chasca, con quien cursé teoría y un seminario inolvidable sobre el Quijote, se había formado con los nearistotélicos de Chicago. También estaban llegando a Iowa las primeras noticias acerca del estructuralismo francés, estas llevadas por un profesor húngaro de cuyo nombre no me acuerdo.

Me doctoré en 1970 y, cuando estaba a punto de terminar mis estudios, ya próximo a graduarme, me escribió Gastón Gaínza, que era entonces el decano de Humanidades en la Universidad Austral de Chile, preguntándome si me gustaría irme a trabajar con ellos. Yo era aún profesor asistente “en comisión de servicio” de la Universidad de Chile y se suponía que debía volver a ella eventualmente, estableciendo mi residencia en Santiago, pero, como mi familia y yo habíamos vivido durante los últimos años en una ciudad universitaria estadounidense y la experiencia había sido de regular para arriba, se nos ocurrió que podíamos replicarla en Valdivia, que era en lo más parecido a Iowa City que existía en nuestro país. Así es como nos fuimos a dar al sur de Chile, donde no habíamos vivido antes y vivimos entre 1970 y 1973, es decir, justo en los mil días que duró el Gobierno Popular.

El Departamento de Literatura de la Universidad Austral, que había fundado Eleazar Huerta, se atenía aún a la tradición española: los lingüistas de esa tradición eran los que comandaban el barco y, entre ellos, los más gravitantes eran Guillermo Araya, cuyo proyecto estrella era completar un atlas lingüístico-etnográfico del Sur de Chile, y Gastón Gaínza, el mejor gramático normativo que yo he conocido y quien, después del golpe militar, se exilió en Costa Rica. Pero no por eso la literatura desteñía: Guido Mutis se encargaba de la inglesa, Eugenio Matus de la española (era Matus, sobre todo, un barojiano irredento) más Leonidas Morales y su seguro servidor que estaban a cargo de la hispanoamericana.

Pero recuérdese que esto estaba ocurriendo en 1970, cuando, después

del asesinato del general Schneider, la caldera estaba en Chile al rojo vivo y en la Universidad Austral también. A destiempo, pues ese era un proceso que se había desarrollado durante la segunda mitad de la década del sesenta en las demás instituciones de educación superior chilenas, en la Universidad Austral estaba en marcha un empeño reformista. Se eligió para impulsarlo una Comisión de Reforma, triestamental y ponderada, con un 65% de académicos, un 25% de estudiantes y un 10% de funcionarios, y de la que me correspondió ser uno de los miembros. Las discusiones en la Comisión eran álgidas, referidas básicamente a un alinearse más y mejor de las actividades universitarias con las de un país al que entendíamos que se encontraba en una fase de transición al socialismo, además de promover un enriquecimiento de la democracia en el interior del plantel, lo que a los que nos considerábamos de izquierda nos parecía indispensable y a los de la derecha no.

En estas condiciones, empezó a cambiar también la orientación del Departamento de Literatura de la Austral. Por mi parte, me propuse ofrecer un seminario sobre la conexión entre literatura y marxismo, que se llenó de estudiantes entusiastas y del que alcanzamos a realizar solo las primeras sesiones, tomando como base la excelente antología del maestro Adolfo Sánchez Vásquez. También invitamos a historiadores y críticos literarios con esta orientación: a los profesores Hernán Ramírez Necochea, de Santiago, y Jaime Concha, Agustín Cueva y Françoise Perus, de Concepción, por ejemplo. Todo ello mientras que afuera, al otro lado del río, ardía la ciudad.

Concluyó este período, como todos sabemos, con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. En otra parte, he contado que, desde la dirección de la Universidad Austral, es decir, desde las oficinas del rector William Thayer, y su secretario general, Hernán Poblete Varas, se les entregaron, a los militares, listas con los nombres de los académicos subversivos. El resultado de esa graciosa colaboración fue que al menos la mitad de los profesores y estudiantes de la Facultad de Filosofía y Humanidades, entre los cuales estaban los de literatura, acabamos en la cárcel, maltratados todos, torturados muchos y algunos muertos, estos por obra de la Caravana de la Muerte del infame Arellano Stark. Guillermo Araya, que en la Universidad había sido el candidato de la izquierda a rector, se convirtió finalmente en lo que había querido ser, solo que en la prisión.

Salí de la cárcel de Valdivia a mediados de diciembre del 73 y me fui –nos fuimos, mi familia y yo–, al exilio. No tenía trabajo (el aviso de mi exoneración me llegó a la cárcel en una carta en la que me anunciaban, cito textualmente, que la causa de mi despido era el “incumplimiento de funcio-

nes”) y tampoco quería que mis hijos se criaran en una sociedad vigilada. Partimos pues, primero con una beca de la fundación alemana Friedrich Ebert, a Buenos Aires, en lo que no era sino una estación de paso, ya que, también allí, y se podía sentir en el aire, estaba por producirse una catástrofe golpista. Con todo, nos aguantamos en Buenos Aires casi un año, y recuerdo que ese año fue el de mi inmersión en el estructuralismo francés. Con mi buen amigo José Leandro Urbina aplanábamos las calles discutiendo los textos de Barthes, Greimas, Todorov y la Kristeva (todavía no estaban de moda los “post”, Deleuze y Rancière, por ejemplo). Un poco a deshora, es cierto, considerando que para entonces Barthes ya se había escapado de dicha trinchera.

De Buenos Aires salté a un breve interregno en la Universidad de California, primero en la sede de San Diego y después en la de Santa Cruz. La estancia en Santa Cruz fue para mí particularmente fructífera, porque nos acogieron en las dependencias de Merrill College, el colegio tercermundista de ese campus. Por primera vez en mi bitácora académica me vi en la obligación de estudiar en profundidad los escritos de los autores anticoloniales y postcoloniales para discutirlos con los estudiantes en clase. Y no es insólito que ello me haya ocurrido en Santa Cruz, un campus experimental, a la vanguardia en esa y otras esferas del conocimiento, tanto para el desarrollo como para la difusión de las perspectivas teóricas del progresismo. En esa atmósfera, los profesores y estudiantes de Merrill College se preciaban de estar al día en las demandas y conflictos que afectaban a los grupos sociales postergados, racial y socialmente, los de adentro y los de afuera de Estados Unidos. Los procesos descolonizadores estallaban y se acumulaban entre tanto, en el Caribe, en el norte de África, en el Sudeste Asiático, y en los circuitos académicos la crítica al colonialismo empezaba a adquirir la relevancia que después no ha hecho otra cosa que aumentar y complejizarse.

Más tarde, cuando se produjo mi retorno a la Universidad de Chile y sobre todo durante mi trabajo para el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades, esos conocimientos, cuya adquisición empecé en Santa Cruz, fueron requeridos. Los/las estudiantes chilenos/as los pedían, habiéndoselos/las privado de ese saber durante los años de la dictadura.

Me refiero a los libros de Césaire, Fanon, Memmi, y a varios sobre la revolución china, como el famoso *Fanshen* de William Hinton, y que fueron los insumos primordiales durante la época de mi pasada por Merrill. En cuanto a los de Stuart Hall, Spivak, Bhabha y los/las demás de la segunda generación de críticos anti y postcoloniales, en mi opinión ellos/ellas con-

tinúan a los/las otros/as, pero en una coyuntura en la que los países a los cuales pertenecen, si bien es cierto que se han liberado políticamente, no lo han hecho mentalmente. Y debo confesar aquí que sus ideas no siempre me gustan. La lectura postestructuralista que Bhabha hace de Fanon me parece, y lo he puesto por escrito, desacertada. Tampoco me dejan muy conforme las proposiciones de Spivak. Más me convence Edward Said, pero no el Said de *Orientalismo*, demasiado dependiente de Foucault, sino el de *Cultura e imperialismo*, donde se ha alejado ya de la influencia restrictiva del filósofo francés y regresado a las propuestas de los clásicos. Como quiera que sea, de más importancia que todo ello creo que son los aportes que al archivo teórico existente le hemos hecho los latinoamericanos, Candido, Cornejo Polar, Rama y Schwarz en primerísimo lugar.

Mi siguiente parada fue en el Department of Romance Languages and Literatures de la Ohio State University, en la ciudad de Columbus. Esos de Columbus fueron años largos y poco agradables, interrumpidos eso sí por invitaciones cordiales a otros sitios, a Swarthmore College, cerca de Philadelphia, a Columbia University, en Nueva York, a Marshall University, en West Virginia, pero al cabo de las cuales debía volver a mi calvario.

Algo de bueno me dejó mi paso por Ohio State University, sin embargo, y fue que, en mi calidad de senior profesor de literatura hispanoamericana, debí tocar allí todos los pianos, desde la literatura precolombina a la colonial y a la contemporánea, dar cursos y seminarios, dirigir tesis, etc. Estudié mucho y provechosamente durante aquella época. Carlos Blanco Aguinaga, con el que me encontré una vez en un congreso y quien antes de mudarse a California había enseñado también en la misma Universidad, donde se había deprimido tanto o más que yo, me confirmó que el lado benéfico de esa inopia espiritual de Ohio consistía en que le daba a uno la ocasión para estudiar sin distracciones. Tenía razón.

Sobre todo, me sirvieron los años de Columbus para intensificar mi preocupación por la teoría: a la formación básica, que acerca de la relación del marxismo con la literatura había alcanzado a adquirir en Valdivia, sumé ahora la línea del marxismo lukacsiano, el de Lukacs, Macherey y Goldmann, la de los frankfurtianos, Horkheimer, Adorno y Habermas, la del materialismo cultural del británico Raymond Williams y su escuela, y la de algunos de los marxistas postmodernos, como Fred Jameson y (a ratos) Terry Eagleton. También presté atención a la crítica feminista, en pleno despliegue en aquel momento y cuyas figuras y postulados resume muy bien el manual de Toril Moi. Y, algo que considero más valioso que todo lo anterior, es que me preocupé de los teóricos latinoamericanos.

Después de un segundo interregno californiano, un poco más largo que el anterior, porque me duró cinco años, en la California State University Long Beach, y armado con el equipaje de experiencias que acabo de sintetizar, volví a Chile definitivamente en 1995. Mi vuelta fue por una invitación de la profesora Lucía Invernizzi. Fue una mujer extraordinaria, mi deuda con ella es grande y su muerte –escribo esto con la amargura de quien la quiso mucho y sinceramente–, dejó un vacío en mi existencia.

En el Departamento de Literatura de la Universidad de Chile, donde el autonomismo y el autosuficientismo eran todavía un dogma de fe y el estructuralismo francés el breviario de turno, yo llegué predicando un evangelio discrepante. Apenas pisé el Departamento, dada mi trayectoria, me pidieron que me ocupara de la “metodología” de los estudios literarios, a lo que contesté que yo no tenía idea de qué podía ser eso, porque a mi juicio la determinación del método estaba siempre precedida por la determinación del objeto de conocimiento, en este caso por la reflexión sobre qué sea la literatura. Y añadí que el problema que había que plantearse era ese, a menos que uno optara por pasarse la vida dando la esencia del objeto por supuesta, en cualquiera sea el contexto del caso, en París o en Melipilla, y repitiendo, por consiguiente y como loros, lo que otros han dicho en otros sitios (y, en lo concerniente a nuestro asunto, encajando nuestras literaturas latinoamericanas en los moldes de las literaturas centrales).

Sin negarme a que la literatura debe ser tratada como lo que es y no como otra cosa, puse pues de manifiesto en mi retorno los vacíos de la perspectiva autonomista y autosuficientista y el descrédito y caída en desuso del estructuralismo francés. También la escasa credibilidad del generacionismo orteguiano. De paso, mostré que la polémica del poeta Enrique Lihn con el crítico Ignacio Valente (el crítico del diario *El Mercurio*) de 1983 respecto de esta cuestión, había sido una pérdida de tiempo lamentable, porque, además de lo poco que ella tenía que ver con nosotros, el tema estaba difunto desde el origen, desde antes de que esos contendientes chilenos lo hubiesen abordado, ya que los estructuralistas franceses, y Barthes el primero de ellos, habían renunciado al estructuralismo hacía más de veinte años.

Propuse, en consecuencia, que, en vez de dedicarnos al cultivo de las flores muertas del pensamiento ajeno, profundizáramos en el nuestro, en el latinoamericano (latinoamericano, no hispanoamericano y mucho menos panamericano) y, por primera vez, les enseñé a mis estudiantes de Literatura de la Chile los aportes de la teoría crítica generada en nuestras tierras.

Ahora estoy viejo. Padezco, como decía Luis Buñuel, de la incurable

enfermedad de la vejez. Pero sigo leyendo, sigo pensando y sigo escribiendo en estos tiempos postdictatoriales, en un país desmemoriado y donde, siempre que aún se tengan esperanzas, esto que yo hecho con mi vida pudiera, a lo mejor, servir de algo.